

# BIBLIOTECA

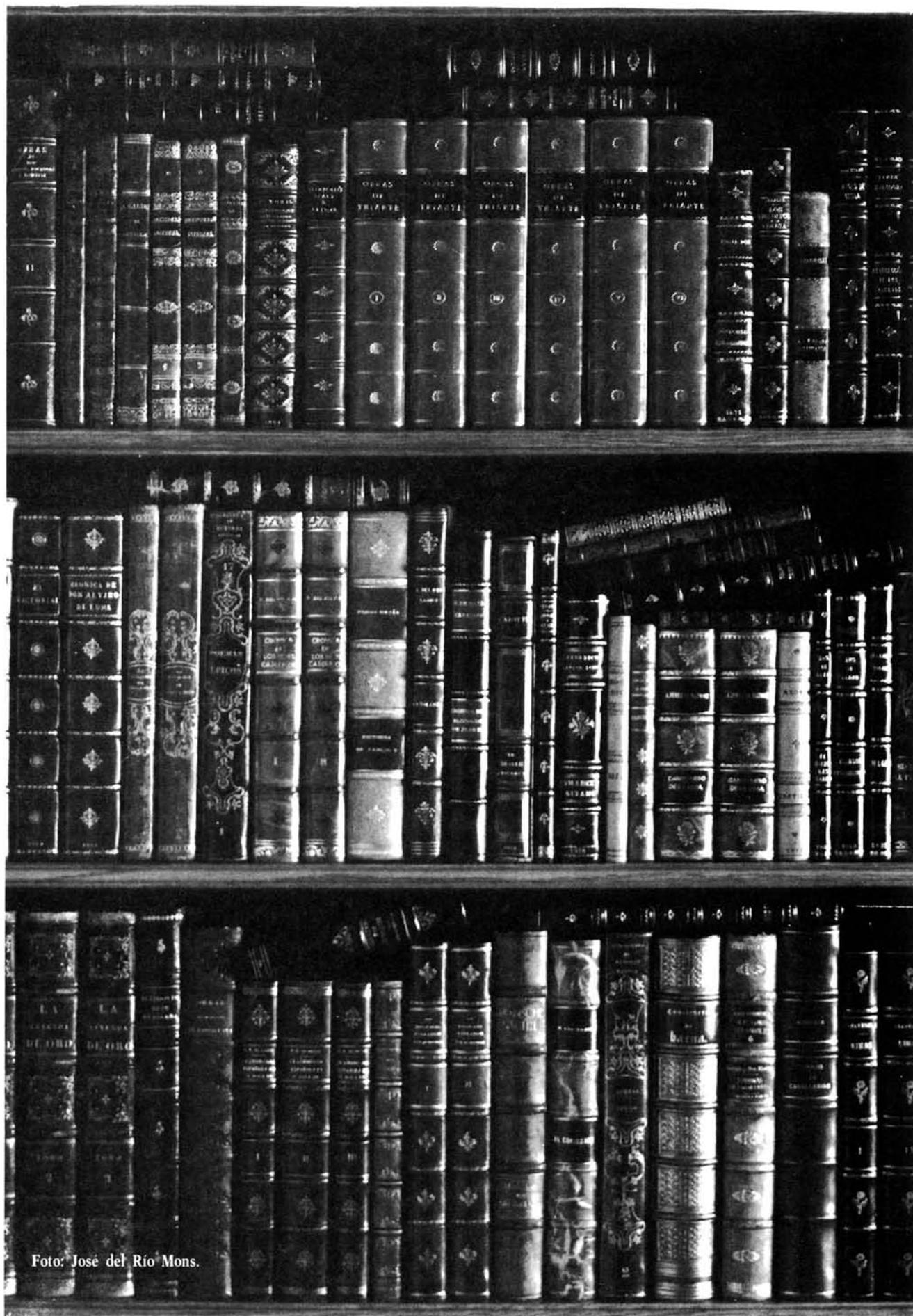


Foto: José del Río Mons.

## Crónica de la narrativa española

Es verdad que ha sido tarde, pero cuando ha llegado a España la conciencia de la memoria como género literario lo ha hecho para ir diseminando algunos títulos que revelan —a veces tan bien como la mejor novela— lo que ha sido este país y muchas de sus biografías. La entidad literaria e intelectual del reciente memorialismo es consecuencia inmediata de una libertad moral e ideológica más profunda y más exactamente desafiante. Alguna comprobación es iluminadora: ¿por qué dos de los libros autobiográficos más valiosos de la última década —el *Autorretrato sin retoques* (Anagrama, Barcelona) de Jesús Pardo y, sobre todo, *Préterito imperfecto* (Tusquets, Barcelona) de Carlos Castilla del Pino— comparten una repulsa tan intensa y cerebral, tan apasionada y tan razonada, por la hipoteca moral e ideológica que han significado la Iglesia católica y el catolicismo como forma de vida y pensamiento? El daño moral y por ende físico y biográfico que ha causado la cultura católica en este país no tiene absolución posible, ni siquiera cuando se la examina desde el ángulo espiritual, que es lo más grotesco de todo: ha logrado extirpar del horizonte intelectual español formas de espiritualidad más gene-

rosas y menos dogmáticas al inmunizar a cuantos pudieran sentirse tentados. Por eso se agradece tanto la arrogancia racionalista de Castilla del Pino cuando reconoce no haberse acordado de Dios ni de la Virgen cuando un accidente casi lo asfixia: «Encontré en mí mismo una prueba en contra de la falaz argumentación de que todo ateo o cosa por el estilo deja de serlo en cuanto se halla a las puertas de la muerte» (p. 326), y por eso se agradece tanto también la reflexión sobre los límites de una buena parte del pensamiento filosófico en España, límites de color y fondo católicos.

No es que sea esta la principal virtud de las muy inteligentes y minuciosas memorias de Castilla del Pino, pero es un indicio que explica su misma naturaleza franca y racional, su disposición honrada y escrupulosa para contar lo visto y vivido y para el desenmascaramiento propio y ajeno. Son virtudes, estas sí, necesarias del memorialista y la historia personal de Carlos Castilla del Pino hasta el año 1950; es en gran medida —en toda su extensión— también la historia de España: de una guerra civil vivida desde una pequeña localidad del sur —San Roque, en Cádiz—, donde los sublevados vencieron muy temprano y destrozaron sin escrúpulo —los moros no conocían a nadie—; de un sistema educativo tan perverso como pervertidor, contado de primera mano con matices urgentes (el salto de los salesianos a los escolapios, por ejem-

plo, pero sin olvidar la brutalidad mecánica aunque eficaz de una monja o la beatería intolerante y soez de unos cuantos profesores universitarios). Pero también algunas otras imágenes son indispensables: cómo era la universidad española de los años cuarenta que tantos libros memorialísticos de y sobre la época callan y disfrazan, pero sobre todo callan y entierran, cómo era uno de sus sectores —el de la medicina y la psiquiatría—, cómo se prosperaba y opositaba, o cómo se hacía para reparar el vendaval siempre turbulento de la demencia y la patología psiquiátrica. Pero también, y es otro estrato más personal y casi el más fascinador, cómo se construye un médico ilustrado, un humanista, un escrupuloso y tenaz hombre de letras.

Porque esa es al fin y al cabo la naturaleza más secreta de una autobiografía. Un historiador británico —no recuerdo quién— asegura que España necesita estos materiales que ahora empiezan a crecer en número y categoría: esos papeles en los que se explica la arboladura interior de un hombre, su proyecto vital para decirlo con Ortega y los modos y lodos contra y con los que se ha hecho. Y eso es necesario incluso cuando la voluntad literaria o narrativa ha estado por encima de la consignación notarial y la precisión descriptiva, autobiográfica e introspectiva, que es lo que sucede en *Una juventud*, de Antonio Martínez Sarrión (Alfaguara, Madrid). Es el tomo que sigue a *Infancia y corrupciones*, pri-

mer volumen de la autobiografía del escritor y donde se adelantó una de las virtudes más pasmosas de ambos volúmenes: la invención de un estilo personal para quien era ya poeta conocido, y traductor y ensayista menos celebrado de lo que debiera. *Una juventud* ha aparecido poco después de una selección de sus diarios, espléndida muestra de inteligencia y rebeldía articulada, *Cargar la suerte* (Alfaguara, Madrid) y regresa ahora a aquella prosa inventada para asegurar la continuidad de un estilo de giros personales y locales, rarezas lingüísticas, de exactitud, humor y piedad equilibrados para tratar la etapa universitaria del joven estudiante albaceteño en Murcia. Lo que mejor convence de este libro es algo que los historiadores van comprobando cada vez mejor: la distancia diabólica que aleja a la realidad contada y oficial de la realidad vivida. Y mientras no sabemos muy bien por qué seguimos leyendo retratos de personajes sin interés directo para nosotros —sabemos que los leemos porque el estilo obliga a continuar leyendo—, sí sabemos muy bien la conveniencia de revisar día a día y piedra a piedra cómo pudo crecer de verdad la gente por debajo de cada día y de cada piedra. Así se reconstruye una memoria personal que se hace a medias con la pobretonería del medio: y se detecta en esta tertulia o aquel amigo, en este estreno y aquella traducción perdida, una veta que iluminará secretamente una forma de resistencia activa al en-